

## VIDA CULTURAL Y ARTISTICA

Por RAFAEL MARQUINA

(De la Redacción de  
INFORMACION)

MARIANO BRULL

La triste realidad desconcierta el orden del pensamiento. Abre un paréntesis en el que se hace due-



lo en la sensibilidad la inteligencia. Mariano Brull ha muerto. Todo se quiebra en la hora funesta y solo él, poeta del espíritu, nos llena la soledad. Desde ella, en un treno de alegría—de amor

a lo más puro del hombre— hoy, insepulto aun su cadáver cuando escribo estas líneas, sólo palabras a su alma y en su duelo puedo decir a las gentes conmovidas:

Este que ahora se fué, con la misma discreta sobriedad con que pulía su lección poética, algo de todos se nos lleva hacia lo eterno. Mucho de lo eterno nos dió en entrega decisiva, prometeico animador de esencias cabales. Y Cuba algo de sí misma lleva a enterrar con sus despojos. Y mucho de sí misma ve alzarse en la alta constelación de los grandes valores universales.

Mariano Brull, diplomático por natural señorío de su espiritual elegancia y que prestó eminentes servicios a la República durante dos terceras partes de su vida, fué —sigue siendo para siempre— un poeta esencial, definitivo en la serena facultad de su sentir el ser, de ordenar la vida, de entender la gracia en la angustia, el bautismo en la palabra.

A lo largo de la vida, por la anchura del mundo captó, en la tarea de una destilación de los absolutos, la gracia de las cosas, la plenitud de las señales, el sentido y la fijeza de las razones sin razón. Y fué maestro preclaro en la sabiduría del verbo. Cada palabra en su poesía asume su integración de esencialidades. En ellas se asienta la potestad definitoria con un natural dominio de señorío prócer.

Jardinero de la rosa-rosa rosada de sonrosar, le cabían en el pétalo desfallecido y marchito, como gotas de rocío, el cataclismo y la redención. Todo él era gracia nominativa ordenación de lo libérrimo, augusta capacidad vaticinia.

En el pulido modo de su cortés tolerancia, por debajo de su corrección impecable, le ardía la pasión vehemente, consecuente, influyente. Obedecía a postulados humanos muy precisos con fidelidad impávida, tan lejos del acomodamiento fácil como de la intransigencia hispida. Era el suyo un sereno modo de vivir en gracia poética una ley moral que le situaba por encima de la discordia, amando en ella la vivacidad de la mente humana. Ni los sinsabores le desorientaron ni le alucinaron los triunfos. Su vida tuvo el ritmo de su verso. Su conducta la tersura de su poesía, toda ella clava en el misterio de sus cábalas, fragante a sangre de espina en la suavidad de la rosa espectral, ahora viva en el hueco de su corazón.

Largos años de nunca desmentida ni aflojada amistad me unieron —mal discípulo de sus claras virtudes humanas— a este hombre que en ser alto poeta magnífico, halló el secreto de su ser hombre cabal y perfecto. Jamás le vi derrumbado de su pedestal ni erguido en él con actitud estatuaría. La dignidad le era natural en el transparente prodigio de su señorío. Bajo distintos cielos convivimos y en ninguna ocasión —ni siquiera en las que le fueron aciagas— se le alteró a quel equilibrio de serenidades que tan bellamente trasunta en la belleza sustantiva de su obra poética.

Mariano Brull ha entrado en la inmortalidad por lo que de perenne —en definición y en ejemplo— puso en lo mortal. Ahora palpamos en luz la solidez de su estatura. Lo que de lección viva movía por el mundo su persona quienes le hemos tratado y en su trato tanto aprendimos, en la buena y en la mala fortuna, para nuestra buena advertencia y con uso del buen viático que nos procuraba siempre su palabra serena y cuajada en sabidurías, sabemos que es también en el mejor, más puro y más entero sentido de la palabra, poesía. Porque es fundamentalmente bondad, amor de amar al hombre y de entenderle en su cuita y ayudarle en su congoja, aclarándole caminos y conceptos. Esta fué, en suma, la alta virtud de su poetizar. Es decir, de su vivir.

En las horas futuras nos serán compañía y conhorto, sosiego y deleite, enseñanza y estímulo sus versos. Nos deja en ellos su espíritu, que nos acompaña con aquella misma amorosa asiduidad de atención serena con que, desde lejos, estaba siempre tan cerca, tan dentro del cogollo del mundo, en omnipresencia del hombre y su drama. Con nosotros sigue, pero ¡ay! sin que podamos ya nunca más sentirnos más nobles, más de nosotros mismos fortalecidos en el noble cobijo de su abrazo. Dios le habrá hecho —¡amén!— jardinero de su rosaleda.

1000162

*Rafael Marquina*